

INTRODUCCIÓN

A Inmaculada Urzainqui, por la razón y la experiencia

Nota introductoria

El mundo cultural en que Feijoo comenzó a publicar corresponde plenamente con lo que Paul Hazard llamó la «crisis de la conciencia europea», un incipiente ambiente de secularización intelectual que entre 1680 y 1720 apuesta por la construcción de una explicación de la realidad que se funda en la jurisdicción autónoma de la razón, la actitud escéptica y crítica y los paradigmas del nuevo método científico-experimental. «Así yo, ciudadano libre de la República Literaria, ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada lo que me dictaren la experiencia y la razón» (p. 65), dirá Feijoo.

Aunque hasta no hace mucho se dibujaba la primera mitad del siglo como un páramo intelectual en que se alzaba solitaria la figura de Feijoo, el aliento renovador también se había dejado sentir en España. Antes de la publicación del primer volumen del *Teatro crítico unieral* (TCU, 1726) ya un puñado de *novatores* había reaccionado frente al inmovilismo intelectual y científico y dado a la luz títulos tan expresivos del nuevo paradigma como *Atlas anatómico* (1689), *Análisis geométrica* (1698), *Aritmética demostrada teórico-práctica* (1691), *Discurso político y físico* (1679), *Carta filosófico médico-química* (1687), *Crisis médica sobre el antimonio* (1701), *Compendio matemático* (1707), *Diálogos filosóficos en defensa del atomismo* (1716), *Noches anatómicas* (1717), *Medicina escéptica y cirugía moderna* (1722-1725), *Teórica y práctica de comercio y de marina* (1724)... Crisóstomo Martínez, Omerique, Corachán, Juanini, Juan de Cabriada, Diego Mateo Zapata, Tomás Vicente Tosca, Juan de Nájera, Martín Martínez, Jerónimo de Uztáriz... son esos *novatores* a quienes tal llamaba despectivamente fray Francisco Palanco en su *Dialogus physico-theologicus contra philosophiae novatores, sive thomistas contra atomistas* (1714). «Tomistas contra atomistas», así condensaba ingeniosamente la contienda intelectual el de la orden de los mínimos, que advertía de los peligros de heterodoxia de las doctrinas modernas: «que a cualquiera le estaba permitido filosofar como le diera en gana, con el peligro que ello implicaba para la fe ortodoxa». De hecho, este proceso de secularización cultural y científica en que se transita del *credere* al *sapere* supondrá, a más largo plazo, la secularización de los propios usos y costumbres de la sociedad.

La vinculación entre ese inquieto mundo intelectual de comienzos del siglo XVIII y la obra feijoniana queda bien simbolizada en el primer texto que Feijoo redacta: la famosa *Aprobación apologética del escepticismo médico* (1725) es una defensa de la célebre *Medicina escéptica y cirugía moderna* del catedrático de anatomía Martín Martínez frente a los ataques escolásticos del *Centinela médico-aristotélica contra escépticos*. Con esta defensa del escepticismo como actitud epistemológica Feijoo se posiciona junto a los partidarios de la nueva ciencia, que habían pasado por dificultades: en 1724 la Inquisición había encarcelado por judaísmo a Mateo Zapata, médico de la familia real, y prohibido su *Ocaso de las formas aristotélicas*. Martínez publica la *Aprobación* de Feijoo al frente de la segunda edición de la *Medicina* (1727) y ese mismo año Feijoo es nombrado miembro de uno de los núcleos aglutinadores del movimiento novator, la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla (1700), presidida por el propio Martínez. Por su parte, Feijoo le pedirá a Martínez un juicio del primer tomo del *Teatro crítico universal* (TCU, 1726) y estampará la respuesta al frente del segundo volumen (1728). Al final de aquella *Carta defensiva* le decía Martínez a Feijoo: «creo que estamos en un mismo pensamiento».

Lo que había cambiado eran las formas: frente a los panfletos solo legibles para los iniciados, la *Aprobación* feijoniana era un breve folleto de cuarenta páginas comprensible para un público mucho más amplio, como lo serían los discursos del TCU. De hecho, la redacción de ambas obras tuvo que ser muy próxima, pues en mayo de 1726 Feijoo ya está preparando la edición del primer tomo del *Teatro* y firma la *Aprobación* en septiembre de 1725; ese mismo año rehúsa el cargo de abad de los monasterios de San Julián de Samos y de San Martín de Madrid y el obispado que Felipe V le ofrece en América —del mismo modo que en 1737 declinará el nombramiento de General de su orden—. Feijoo parece concentrado en su proyecto.

Sale oficialmente a la palestra con el TCU en 1726; quien lo hace está a punto de cumplir cincuenta años y es ya catedrático de Teología de la Universidad de Oviedo desde 1710, ciudad a la que había llegado con 33 años, como maestro de novicios del colegio de San Vicente de Oviedo, en 1709.

Y lo hace animado, según reconoce él mismo, por compañeros de orden que «han estado lidiando con mi pereza o con mi cobardía, sobre que trabajase para el público» (p. 39). Seguramente uno de ellos sería su correligionario Martín Sarmiento, con quien trabó contacto cuando este estuvo en Oviedo (1723-1725), y que a lo largo de las siguientes décadas no solo sería leal amigo y nexo de Feijoo con los círculos de la corte, sino su más eficaz colaborador, que lo mismo aportaba documentación que supervisaba la edición de sus tomos —porque, pese a la importancia que el siglo concede a los viajes, los de Feijoo fueron mayormente, como los de Maistre, alrededor de su celda, salvo tres breves estancias en Madrid precisamente en estos años (1725, 1726, 1728); un Madrid cuyo ambiente cortesano no le convenció, pese a que se entrevistó con Felipe V y el futuro Carlos III, pero en que puede visitar la Biblioteca Real y entrar en contacto con el círculo de amistades de Sarmiento y probablemente con Martín Martínez—.

Entre 1726 y 1740 Feijoo publica a buen ritmo los nueve volúmenes del TCU —ocho más el *Suplemento* de 1740—, no sin polémica pero con pocos incidentes. Aunque entró al trapo de los setenta descuidos que Mañer le achacó en su *Anti-Teatro crítico* y escribió la *Ilustración apologética* para rebatirle (1729), renunció a estas escaramuzas y fue respondiendo a sus detractores, con humor y también cierta displicencia a veces, en los prólogos a sus volúmenes. Y en 1739, año en que se jubila definitivamente como catedrático por problemas de salud, tuvo un tropiezo, en su caso menor, con la Inquisición, a costa de un par de párrafos en que Feijoo se mostraba tolerante con la asistencia a bailes y teatros. El Santo Oficio mandó tacharlos de todas las ediciones y, aunque Feijoo presentó alegaciones, la censura fue efectiva y el texto nunca fue restituido (en p. 234). En carta privada, ya de 1747, comenta a Pedro Peón (p. 72) que el inquisidor le es «muy desafecto», que nada de sus obras se ha incluido en el último *Índice de Libros Prohibidos* porque alguien medió y, que, en todo caso «siempre debo temer que las sugerencias de los infinitos individuos ignorantes le revuelvan cuando menos se espere».

Aprovechando el tirón de su nombre, en 1740 se publica sin su autorización el extenso romance *Desengaño y conversión de un pecador*, que había redactado hacia 1720 y corría manuscrito. Este y unas «Décimas a la conciencia en metáfora de reloj» —que él mismo incluyó en la edición de 1754, reimpresa en distintas ocasiones— son los únicos poemas que se publicaron en vida suya. Su carácter moralizante condecía con la imagen pública de Feijoo como un destacado catedrático de Teología embarcado en la empresa de debelar las conciencias de sus lectores; sin embargo, lo cierto es que Feijoo es autor de una obra poética mucho más variada.

Caracterizados por una riquísima elaboración retórica, una gran variedad métrica, un exigente academicismo y una minuciosa construcción, los poemas de Feijoo —sin ocultar el magisterio de Quevedo y de sus poetas favoritos, los clásicos latinos— presentan gran variedad de registros, que abarcan desde la invectiva feroz no exenta de humor (como puede verse en su sátira del comportamiento de los políticos, p. 144) hasta la sensual reflexión acerca de la belleza y su no sé qué (pp. 251-253), pasando por la poesía epítáfica y, especialmente, la poesía menor y de circunstancias. De fundamental interés es la decidida apuesta de Feijoo por la naturalidad en un tiempo en que aún perduran los excesos del último Barroco, lo que le sitúa en la corriente renovadora de la poesía de la primera mitad del siglo XVIII.

Cuando decide proseguir el proyecto del TCU con las *Cartas eruditas y curiosas* tiene ya 66 años y la cadencia de publicación disminuye: publica los cinco tomos de las CEC entre 1742 y 1760. Aunque en las CEC cambie el formato y apueste por el género epistolar, el propósito es análogo; él mismo lo señala en el título: «*se continúa el designio del Teatro Crítico Universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes*»; y lo reitera en el prólogo: «Preséntote, lector mío, nuevo escrito y con nuevo nombre, pero sin variar el género ni el designio, pues todo es crítica, toda instrucción en varias materias, con muchos desengaños de opiniones vulgares o errores comunes» (p. 45).

En esta etapa, excepcionalmente, volvió a entrar en polémica con la contundente *Justa repulsa de inicuas acusaciones* (1749), en respuesta a las *Reflexiones crítico-apológicas* del cronista de la orden franciscana, Soto y Marne. Cuando este quiso volver a la carga, se promulgó la Real Orden de 23 de junio de 1750, verdaderamente inaudita en la historia de la censura en España:

Ilmo. Sr.: Tiene el Rey entendido que el P. Fr. Francisco de Soto y Marne intenta imprimir tercer tomo contra el R. P. Fr. Benito Feijoo y solicita licencia del Consejo; y, habiendo disgustado a Su Magestad que hubiese impreso los dos primeros y que se le hubiese permitido, tanto por el asunto como por el modo de expresarse, prohíbe absolutamente que se le permita imprimir otro alguno de tales asuntos, y quiere que tenga presente el Consejo que, cuando el Maestro Feijoo ha merecido de Su Magestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarle, y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos.

Toda disputa intelectual quedaba zanjada por Real Orden, porque no solo afectaba a Soto y Marne: «no debe haber quien se atreva a impugnarle». Apenas una semana antes, Feijoo firma la elogiosa dedicatoria al monarca del tomo III de las CEC (p. 129).

Sus contemporáneos reconocieron con acierto qué había de nuevo en estos catorce tomos que se convertirían en la obra de referencia de la primera mitad del siglo XVIII, aunque no todos compartieran el mismo juicio sobre ella. Las distintas posiciones quedan bien ejemplificadas en la polémica a puerta cerrada que tuvo lugar entre Antonio Marcos Burriel y Gregorio Mayans en 1746. Ante el juicio despectivo que el valenciano hacía del alcance de la obra Feijoo, Burriel argumentaba en carta:

Que Feijoo y Martínez hayan servido mucho a la nación me parece cierto porque han despertado en ella el buen gusto más que otro ninguno; que sea más profundo Tosca en sus doctrinas ¿qué importa? A Tosca le han leído ciento y a estos otros un millón, y a Tosca le han buscado avizorados de estotros. Que sean sus libros solo para el vulgo, siento que Vmd. lo diga y más que así lo dijere Vmd. en la censura de Lipsia. ¿Por ventura en no siendo un libro tal que Vmd. tenga mucho que aprender en él de nuevo es para el vulgo? ¿Se ha de despreciar todo libro que no sea de erudición recóndita y abstrusa, aunque esté escrito con tanta amenidad y tan buen manejo de las especies como estos?

Pero la cosa no iba con Martínez, sino con Feijoo. Por eso contesta Mayans: «Verdad es que si hubiera escrito de otro modo no hubiera sido leído y estimado de tantos, porque son pocos los que entienden las cosas tratadas científicamente, y por eso, cuanto mejor es un libro, por la dificultad del asunto y delicado modo de tratarle, tanto menos lectores tiene».

La excelencia o el diletantismo, la profundidad o la amenidad, el rigor o la difusión... En estos términos, y casi como herederos de esta polémica y de tantas impug-

naciones y de tantas apologías como se imprimieron, se han movido los defensores y detractores de Feijoo. Si obviamos, porque a ningún lugar conduce, la aporía de que un libro o es bueno y apenas tiene lectores o es malo y lo leerán muchos, Burriel y Mayans identifican plenamente que Feijoo escribe para el vulgo y que, para conseguir que lo lean, ha tenido que adaptar su escritura. Burriel valora esta actitud y cree que tales trabajos comportan beneficios a la nación y favorecen el progreso cultural. Mayans no, porque solo reconoce como herramienta de progreso la investigación metódica y sistemática, que se circunscribe a élites especializadas y lógicamente minoritarias; él escribe para sus pares, *científicamente*, y, desde ese punto de vista, observa en el beneditino toda clase de carencias.

El proyecto de progreso cultural de Feijoo es bien distinto en su propósito: pasa por la reforma intelectual, por el estímulo del pensamiento crítico, por el *desengaño de errores comunes*, sean costumbres sancionadas por la tradición, creencias ligadas a una concepción mágico-religiosa del mundo, conocimientos refrendados por los viejos sistemas filosóficos de corte aristotélico o milagrerías alentadas desde el ámbito eclesiástico. «La mayor parte de mi vida he estado lidiando con estas sombras, porque muy temprano empecé a conocer que lo eran» (p. 58), así simboliza Feijoo su tarea crítica.

Obviamente, no todo es impugnación y polémica y abstracción; muchos ensayos sobre ciencia, cultura, economía, guerra, impuestos o justicia son en el fondo reflexiones sobre España y sobre cómo acompañarse a los tiempos europeos, asunto recurrente en el ensayo dieciochesco y en el ensayo español.

La dimensión social de la crítica feijoniana reside también en que al lidiar con las sombras, muestra cómo hacerlo: transmite una actitud crítica y un nuevo modelo de pensamiento. En este sentido, su proyecto es plenamente ilustrado, no ya por su reivindicación de la experiencia y la crítica, sino por la intención formadora y emancipadora que le anima a escribir. Por eso se dirá de él que *nos enseñó a pensar*, que *abrió la puerta a la razón*.

Concebida al servicio de la sociedad, del público, la propia escritura se construye en función no del autor ni del contenido, sino de ese lector moderno que no es ni el docto humanista ni el vulgo *rústico*, pues tenía que saber leer y el propio Feijoo dice que hay mucho vulgo de bonete y peluca que sabe latín; es ese nuevo público curioso que gusta de la prensa o de las enciclopedias —con su claridad y brevedad— pero rehúye el lenguaje científico y la prolijidad de los tratados, porque no aspira a la erudición, sino a un conocimiento cabal sobre determinadas materias en que, desde luego, no es especialista. Y a esos lectores había de dirigirse con el lenguaje común, que todos comparten al margen de su formación específica.

Y como decía Burriel, lo consiguió, pues era seguido por una legión de ‘feijonistas’, como los llamaban despectivamente sus detractores, que consumían tiradas de ejemplares inauditas hasta entonces y constantes reimpressiones. «Del quinto y del sexto tomo [del TCU] se han tirado tres mil» decía satisfecho Feijoo en el prólogo de 1734; y en vida suya los tomos I y II del TCU llegaron a reimprimirse en nueve ocasiones. La

cifra de hasta 300.000 ejemplares se calcula que circularon del que fue, sin duda, el *best seller* del siglo XVIII.

De hecho, buena parte de los rasgos de su estilo forman parte de una estrategia comunicativa de notable eficacia, que es capaz de captar y atender los intereses de ese nuevo lector: para ser comprendido apuesta por la claridad y precisión del lenguaje que fueran marca del neoclasicismo, alejándose de todo retoricismo y lucimiento; para no estorbar la lectura, evita prolijas citas y el alarde de erudición y fuentes; para hacerla amena, siguiendo el *prodesse et delectare* horaciano que se convertiría en emblema de la literatura del siglo, se concede una inédita libertad discursiva y cede a todo tipo de digresión; frente al ceñudo erudito, recurre a la ironía como herramienta de la crítica y sin embarazo alguno al humor, un humor que reconoce como uno de los rasgos de su carácter (p. 237); para acercarse al lector, que Feijoo siente *suyo* y *amigo*, le apela constantemente y busca el tono conversacional y amistoso, que abre la puerta a las expresiones coloquiales; y se muestra a sí mismo en el texto, impregnándolo de ese individualismo tan dieciochesco y tan caro al ensayo —aunque ese yo no deja de ser una construcción, pues la correspondencia privada devuelve una imagen más espontánea de Feijoo: allí habla, con mucha sorna y más a las claras, de los nobles o de la Inquisición, o se declara abiertamente newtoniano—.

No faltó quien relacionara su escritura con ese periodismo que no se consolidaría hasta el medio siglo, por su estilo, por su afán de difusión y por su voluntad de influir en la opinión pública.

Esa voluntad comunicativa condiciona también la estructura de los volúmenes, absolutamente libre: los ensayos son de muy distinta extensión y asunto y, en la mayoría de los casos, se suceden sin ordenación temática, como reconoce él mismo: «no van los discursos distribuidos por determinadas clases» y «cada tomo parece un riguroso misceláneo». Y una de las razones conseguir una «apacible variedad» que entretenga al lector (pp. 36-37). Tal diversidad será aún mayor cuando comience a publicar las CEC, y esto se debe también en buena parte a sus lectores.

Aunque la correspondencia privada conservada es escasa respecto a lo que debió de ser su volumen total —pues sus papeles y su biblioteca se depositaron en Samos y sufrieron las medidas desamortizadoras y el incendio de 1951 que arrasó gran parte del monasterio—, demuestra a las claras la vinculación entre su producción literaria y sus lectores: algunos asuntos son tratados atendiendo a peticiones de particulares, y estos son de muy diversas condiciones y profesiones; y en el epistolario privado se encuentran cartas reales que luego se ven publicadas en las CEC como cartas ficticias. Incluso es posible que fuera el propio lector el que condicionara el cambio de formato hacia el género epistolar, tan exitoso en la Europa contemporánea: por un lado, le permitía rentabilizar la voluminosa correspondencia privada que mantenía con sus lectores; por otro, había contrastado las posibilidades comunicativas de este género que, más distendido y libre que el discurso, permitía acortar aún más las distancias con el lector.

Todo ello, la concepción del proyecto y los modos de esta escritura, es manifestación de una transformación social y de una nueva actitud ante el conocimiento que impulsan los nuevos hombres de letras y que va ganando posiciones a lo largo del siglo frente a la elitista erudición humanista. Y todo ello culmina en una obra que acuña en España un molde expresivo nuevo, el modelo moderno de ensayo, aunque en España el género no se dé a sí mismo ese nombre hasta fines del siglo XIX, pese a que en Europa se hubiera popularizado con Montaigne y Bacon. Y Feijoo tiene conciencia de esa novedad: «Di lo que quisieres, no podrás negarme la novedad de esta obra, la cual me da el carácter de autor original por más que lo sientas. Tampoco podrás negar que el designio de impugnar errores comunes, sin restricción de materias, no solo es nuevo, sino grande» (p. 42).

Tras 34 años de continua conversación pública con sus lectores, de redacción de lo que viene a ser una única obra en dos formatos elaborada en plena madurez que se convertiría en el hito cultural de la primera Ilustración española, Feijoo firma el quinto y último volumen de las CEC con 84 años y muere a punto de cumplir los 88, tras un ataque de hemiplejía, el 26 de septiembre de 1764. El trabajo estaba concluido y el reconocimiento a su labor había llegado en vida. Reseñado y traducido en Francia, Inglaterra, Portugal e Italia, conocido en Alemania e incluso citado por el Papa Benedicto XIV en la encíclica *Annus qui* (1749), fue nombrado por Fernando VI Consejero Real en 1748, por «la aprobación y aplauso que han merecido a propios y extraños en la República Literaria sus útiles y eruditas obras». Solo un año antes de su muerte decía Edward Clarke en sus *Letters concerning the spanish nation, written at Madrid during the years 1760 and 1761* (Londres 1763), que «él solo ha hecho más para formar el gusto de los españoles y para enseñarles a pensar que todos sus predecesores».

No había sido tan mala la decisión de aquel mayorazgo de la nobleza media gallega que, como heredero, no tenía que buscarse la vida ni en el ejército ni en la iglesia ni en el mundo burocrático; y que, sin embargo, con catorce años ingresó como novicio en el monasterio benedictino de San Julián de Samos, optando por un mundo religioso que le abriría la puerta al mundo intelectual.

Al año siguiente de su muerte, en 1765, Campomanes promovería la primera edición completa de las obras de Feijoo y estamparía al frente de ellas su primera biografía, redactada por el propio fiscal del Consejo. En 1786, Feijoo sería incorporado a esa suerte de panteón de escritores nacionales que viene a ser el *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (t. III), patrocinado por el Estado; Sempere y Guarinos, tras citar el elogio de Clarke, subraya la dimensión social de su obra para España: «las obras de este sabio produjeron una fermentación útil; hicieron empezar a dudar; dieron a conocer otros libros muy distintos de los que había en el país, excitaron la curiosidad; y en fin, abrieron la puerta a la razón, que antes habían cerrado la indolencia y la falsa sabiduría».

Y como él diría, VALE.

De esta antología

Una antología de Feijoo siempre es necesaria, porque es improbable que los lectores —lectores, no estudiosos— afronten por sí mismos la lectura de los tres centenares de ensayos que suman los nueve tomos del *Teatro crítico universal* y los cinco de las *Cartas eruditas y curiosas*.

En cuanto a esta propuesta, hemos querido que por primera vez una antología de Feijoo incluyera todos sus escritos, no solo el TCU y las CEC, sino también su epistolario privado y su corpus poético, pues esta selección no sigue el índice de la obra ni reproduce ensayos completos, sino que su eje vertebrador son las reflexiones y planteamientos que representan el espíritu de esa primera Ilustración en clave feijoniana, representados a través de fragmentos significativos a su vez secuenciados cronológicamente.

Hemos buscado recuperar aquellas actitudes que pueden, con 250 años de distancia, dar imagen de lo que aquella Ilustración primera fue —o quiso ser—, al margen de propuestas y polémicas concretas que son hijas de su siglo y poco dirían a un lector actual que no se acerque a ellas con talante de historiador.

Así, hay lugar para ese *lector mío* a quien explica el propio Feijoo el proyecto y sus avatares; para el enfrentamiento entre las *lucos de la razón* y las *sombras* con que Feijoo dice *lidiar*; para los *cuentos de niños y viejas* plagados de superstición y creencias populares y para las nuevas creencias de que existen extraterrestres y vampiros. También para sus reflexiones sobre la España contemporánea, en lo que atañe a la guerra, sus *tigres coronados* y sus consecuencias sociales; la gestión de la *res publica* —sistema tributario, gasto público o actitud política de los gobernantes—; las clases sociales, con la defensa de los campesinos, la crítica a la nobleza y el papel de los eclesiásticos; la reforma procesal y penal de la justicia; o sobre la necesidad de retrasar los entierros o sobre si enterrar en sagrado a los suicidas. También para esa defensa de las capacidades intelectuales del *otro*, que puede ser el bárbaro frente a la civilizada Europa, los españoles americanos frente a los peninsulares, las mujeres, e incluso los propios españoles, cuya cultura Feijoo reivindicaba. O para el mundo de la sociabilidad y las modas dieciochescas y el debate literario del siglo. Para situar la significación de esos temas en el propio siglo y en el contexto feijoniano, cada sección lleva al frente un breve texto introductorio.

La tarea es arriesgada, porque impide reproducir cada obra íntegramente; somos conscientes de que cabría cuestionar tal fragmentación en aras de una supuesta unidad temática de cada ensayo, pero entendemos que está legitimada precisamente por la propia constitución de los ensayos feijonianos, cuyas unidades albergan una variedad reconocida y justificada por el propio Feijoo, que explícitamente señalaba que por no vender papel en blanco, con frecuencia decidió unir bajo un mismo título materias diversas que por sí eran de escasa extensión:

Si yo mirase a engrosar los libros con menos costa mía, dividiría en muchos discursos varias materias que están recogidas en uno, porque el espacio de papel que queda,

en parte limpio, en parte ocupado de las letras mayúsculas del título, entre discurso y discurso, multiplicando el número de estos, abulta considerablemente el tomo, sin añadir trabajo al autor. Pero por no vender a los lectores papel vacío que de nada les sirve, siempre que las materias, aunque diversas, por convenir debajo de alguna razón genérica podían unirse, si, por otra parte, cada una por sí sola no permitía o no merecía mucha extensión, he procurado colocarlas debajo de un título, como componiendo un discurso solo (TCU, VI, d. I, 1, 1734).

De esta edición

Esta antología se basa en la más completa de las ediciones conjuntas de las obras de Feijoo: la preparada por los monjes de Samos y dada a las prensas en la imprenta de Blas Román en Madrid en 1781; allí donde esta edición presentaba lecturas erróneas o dudosas, hemos acudido a las primeras ediciones de cada tomo y a la otra edición conjunta de las obras de Feijoo, promovida inmediatamente tras su muerte por Pedro Rodríguez de Campomanes, entonces fiscal del Consejo de Castilla, y publicada por la Compañía de Impresores y Libreros del Reino en Madrid en 1765.

Cada texto seleccionado va precedido del título del ensayo y de su datación. Para una fácil ubicación en cualquier otra edición, en cada uno se señala su procedencia según el método habitual de citación sintética. Tras el título del ensayo, sigue la abreviatura del título de la obra (TCU para *Teatro crítico universal*, CEC para *Cartas eruditas y curiosas*), el tomo en números romanos, el discurso o carta en arábigos (precedido de las abreviaturas *d.* o *c.*) y, por último, el año de publicación de la primera edición del volumen. Ya en cuerpo de texto, se indica antes de cada fragmento el número de párrafo y párrafo que lo identifica, en el caso del *Teatro*; y solo el número de párrafo en el caso de las *Cartas*, pues ya no se estructuran en párrafos.

TCU, I, d. I, § I, 1, 1726: *Teatro crítico universal*, tomo I, discurso 1, párrafo I, párrafo 1, 1.^a ed. de 1726.

CEC, II, c. III, 16, 1745: *Cartas eruditas y curiosas*, tomo II, carta 3, párrafo 16, 1.^a ed. de 1745.

En los casos en que la numeración de los discursos de la edición de 1781 varía con respecto a la primera edición, se indica entre corchetes su numeración en esta. La propia numeración de los párrafos indica sin necesidad de otra marca la supresión de texto entre distintos párrafos; no obstante, como es habitual, la intervención en alguno o la supresión de algún fragmento queda indicada entre corchetes.

Las llaves que engloban párrafos indican que se trata de una adición realizada por el propio Feijoo con posterioridad a la primera edición del texto. El grueso de las adiciones al TCU aparecieron en 1740 en el *Suplemento del Teatro crítico, o adiciones y correcciones a muchos de los asuntos que se tratan en los ocho tomos del dicho Teatro* (tomo IX); las raras adiciones incluidas en las CEC, fueron apareciendo en las

sucesivas reediciones. En nuestra antología, las adiciones siguen al párrafo al que completan; en aquellas ocasiones en que reproducimos la adición pero no el texto que complementa, se indica siempre antes de las llaves el número de párrafo con el que se corresponde.

Con respecto a los poemas, se referencia su ubicación en las dos únicas ediciones de su poesía, no críticas y ambas de carácter antológico: la de Antolín López Peláez (*Las poesías de Feijoo sacadas a luz*, Talleres tipográficos de G. Castro, Lugo, 1899) y Justo E. Areal (*Poesías inéditas del Padre Feijoo sacadas a luz*, Tipografía Regional, Tuy, 1901). Ante la imposibilidad de datar cronológicamente buena parte de ellos, hemos optado por situarlos al final de cada sección.

En el caso del epistolario privado, se indica la referencia que cada carta tiene en la *Bibliografía* de José Miguel Caso González y Silverio Cerra Suárez (*Obras completas de Feijoo*, t. I, *Bibliografía*, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo, 1981), donde se puede encontrar información detallada de la localización de los manuscritos; y, a continuación, la referencia de su primera edición, bien en las CEC, bien la investigación en que vieron la luz. En aquellos casos en que se conserva versión impresa y manuscrito de una misma carta, se ha seguido esta versión, excepto en el caso de errores evidentes del copista.

Se ha evitado la proliferación de notas al pie, pues entendemos que las breves introducciones a cada sección sitúan básicamente los textos en su contexto, y únicamente se han utilizado para identificar fragmentos de otros autores citados por Feijoo y traducir los que están en idioma extranjero, siempre que no lo haga ya el propio Feijoo en el cuerpo de texto. Agradecemos aquí la generosidad de Paulino Pandiella Gutiérrez, que revisó y mejoró nuestras traducciones latinas.

Para contribuir a la inteligibilidad del texto, hemos actualizado la puntuación y, en el caso del epistolario privado, desarrollado las abreviaturas. También hemos actualizado la ortografía conforme a la actual norma de la RAE (2010) y regularizado el uso de las mayúsculas. En cuanto al léxico, las palabras no recogidas en el DRAE se han adaptado sistemáticamente, como en los casos de *apoplético*, *captividad*, *celebro*, *contemptible*, *vidro*, *aprehender* (con el sentido de ‘aprender’), etc.; y hemos optado por las formas modernas de aquellas palabras que el DRAE recoge pero reconoce en desuso, como *comprender*, *húmido*, *sabidor*, *proprio* o *substancia*.

También hemos optado por regularizar la concordancia de artículos y adjetivos ante sustantivos femeninos que comienzan por *a* tónica, caso de *agua* o *alma*, pues en una misma edición encontramos indistintamente *el agua* y *la agua*. Respetamos la castellanización que Feijoo hace de determinados nombres propios; pero cuando no lo hace, restituimos el nombre original: *Huygens* o *Estesícoro* y no *Huyghens* o *Stersicoro*.

Creemos que Feijoo, al que tanto preocupaba la comunicación con sus lectores, no lo vería con malos ojos.

Bibliografía sucinta sobre Feijoo

- Álvarez de Miranda, Pedro, «El ensayo», en Francisco Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Trotta-CSIC, Madrid, 1996, pp. 285-325.
- Caso González, José Miguel y Silverio Cerra Suárez, *Benito Jerónimo Feijoo. Obras completas. Tomo I. Bibliografía*, Centro de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo, 1981.
- Delpy, Gaspar, *L'Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijoo (1726-1760)*, Hachette, París, 1936.
- Freire, Ana, «Feijoo en el siglo XIX: Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán y Marcelino Menéndez Pelayo», en José Checa Beltrán y Joaquín Álvarez Barrientos (coords.), *El siglo que llaman ilustrado*, Trotta-CSIC, Madrid, 1998, pp. 369-376*.
- Marañón, Gregorio, *Las ideas biológicas del P. Feijoo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1934.
- Maravall, José Antonio, «El espíritu de crítica y el pensamiento social de Feijoo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 318 (1976), pp. 736-765.
- McClelland, Ivy L., *Benito Jerónimo Feijoo*, Twayne Publishers, New York, 1969.
- Mestre, Antonio, «Estudio preliminar», en G. Mayans, *Epistolario*, vol. II, Ayuntamiento de Oliva, Oliva, 1976, pp. VII-LXVIII. Las cartas de Burriel a Mayans (16-IV-1746) y de Mayans a Burriel (25-VI-1746): pp. 192-193.
- Otero Pedrayo, Ramón, *El Padre Feijoo. Su vida, doctrina e influencias*, Instituto de Estudios Orensanos «Padre Feijoo», Orense, 1972.
- Pérez Magallón, Jesús, *Construyendo la modernidad. La cultura española en el tiempo de los novatores*, CSIC, Madrid, 2002.
- Ruiz de la Peña, Álvaro, *La hora de Asturias en el siglo XVIII*, RIDEA-Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo, 2012.
- Sánchez-Blanco, Francisco, «Feijoo y sus contemporáneos», *La mentalidad ilustrada*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 66-123.
- Stiffoni, Giovanni, «Introducción biográfica y crítica», en Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, Castalia, Madrid, 1986, pp. 9-77.
- Urcainqui, Inmaculada, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: portal dedicado a B. J. Feijoo, http://www.cervantesvirtual.com/portales/benito_jeronimo_feijoo/ (2009).
- «Estudio introductorio», en Inmaculada Urcainqui y Eduardo San José Vázquez (eds.), *Benito Jerónimo Feijoo, Obras completas. Tomo II. Cartas eruditas y curiosas I*, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-KRK-Ayuntamiento de Oviedo, Oviedo, 2014, pp. 15-129.
- Uzcanga Meinecke, Francisco, «*Cartas eruditas y curiosas*: un nuevo nombre para un viejo designio», en Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, Crítica, Barcelona, 2009, pp. 7-56.
- VV. AA., *Ocho ensayos en torno a Feijoo*, Ateneo de Santander, Santander, 1965. Reimpresión de *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XL (1964) [número monográfico].

* Digitalizado en http://www.cervantesvirtual.com/portales/benito_jeronimo_feijoo/.

- VV. AA., *Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Estudios reunidos en conmemoración del II centenario de su muerte (1764-1964)*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata (República Argentina), 1965.
- VV. AA., *El P. Feijoo y su siglo. Ponencias y Comunicaciones presentadas al Simposio celebrado en la Universidad de Oviedo del 28 de septiembre al 5 de octubre de 1964*, 3 vols., Cátedra Feijoo-Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 1966.*
- VV. AA., *Fray Benito Jerónimo Feijoo. Fe cristiana e ilustración*, Seminario Metropolitano, Oviedo, 1976. Reimpresión de *Studium Ovetense*, IV (1976) [número monográfico].
- VV. AA., *II Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo. (Ponencias y comunicaciones)*, 2 vols., Cátedra Feijoo-Ayuntamiento de Oviedo, Oviedo, 1981 y 1983.*
- VV. AA., *Feijoo, hoy. (Semana Marañón 2000)*, edición de Inmaculada Urzainqui, Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII-Fundación Marañón, Oviedo-Madrid, 2003.

Cronología

- 1676 El 8 de octubre, nace Feijoo en Casdemiro, Orense
- 1690 Ingresa en el monasterio benedictino de San Julián de Samos, Lugo
- 1700 Carlos II muere sin descendencia y Felipe V es proclamado rey
Comienza la Guerra de Sucesión (-1713)
- 1709 Feijoo se incorpora como maestro al Colegio de San Vicente de Oviedo
Alcanza el grado de Doctor en Sagrada Teología por la Universidad de Oviedo
- 1710 Toma posesión de la cátedra de Santo Tomás
- 1721 Toma posesión de la cátedra de Sagrada Escritura
- 1722 Martín Martínez publica la primera edición de *Medicina escéptica y cirugía moderna*
- 1724 Feijoo toma posesión de la cátedra de Vísperas de Teología (-1734)
Escribe una serie de tres poemas de circunstancias con motivo del reinado y muerte de Luis I
- 1725 Redacta la *Aprobación apologética del escepticismo médico* en defensa de la *Medicina escéptica* de Martínez
- 1726 Publicación del tomo I del *Teatro crítico universal*
- 1727 Publicación de la *Aprobación* al frente de la segunda edición de la *Medicina escéptica* de Martínez
Es nombrado miembro de la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla

- 1728 Publicación del tomo II del TCU
- 1729 Publicación del tomo III del TCU
Publicación del *Anti-Teatro crítico* de Salvador José Mañer
Publicación de la *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro Crítico*
- 1730 Publicación del tomo IV del TCU
- 1733 Publicación del tomo V del TCU
- 1734 Publicación del tomo VI del TCU
- 1736 Publicación del tomo VII del TCU
- 1737 Feijoo toma posesión de la cátedra de Prima de Teología (-1739)
- 1739 Publicación del tomo VIII del TCU
Feijoo se jubila
La Inquisición censura el disc. XI del tomo VIII del TCU
- 1740 Publicación del *Suplemento del Teatro crítico*
Publicación no autorizada del romance *Desengaño y conversión de un pecador*
- 1742 Publicación del tomo I de las *Cartas eruditas y curiosas*
- 1744 Nace Jovellanos en Gijón
- 1745 Publicación del tomo II de las CEC
- 1746 Accede al trono Fernando VI (-1759)
- 1748 Feijoo es nombrado Consejero real
- 1749 Benedicto XIV cita a Feijoo en la encíclica *Annus qui*
Publicación de las *Reflexiones crítico-apologéticas* de Francisco Soto y Marne
Publicación de la *Justa repulsa de inicuas acusaciones* en respuesta
- 1750 La Real Orden prohíbe impugnar a Feijoo
Publicación del tomo III de las CEC
- 1753 Publicación del tomo IV de las CEC
- 1759 Accede al trono Carlos III
- 1760 Publicación del tomo V de las CEC
- 1764 Feijoo muere el 26 de septiembre
- 1765 Publicación de la primera edición conjunta de las obras de Feijoo